

Epáginas de FILOSOFÍA

Año VI - N° 8 - Publicación del Departamento de Filosofía - Facultad de Humanidades - Universidad Nacional del Comahue - Diciembre de 1999

Juan Manuel Comesaña, *Lógica informal - Falacias y argumentos filosóficos*, Eudeba 1998.

Por: Liliana S. Caramuti

U.N.Co.

Parte de una colección ("Enciclopedia Lógica") destinada a abordar la variada problemática involucrada en el desarrollo de la lógica desde el segundo tercio del siglo pasado, el libro *Lógica Informal - Falacias y argumentos filosóficos* escrito por Juan Manuel Comesaña pretende llegar a un público que, como mínimo, se encuentre estudiando la lógica simbólica contemporánea.

El autor considera que no existe -ni puede existir- una teoría sistemática acerca de la inferencia en sus distintos contextos: la difícil empresa de lograr una comunicación exitosa (y, *a fortiori*, la argumentación) no puede explicarse teóricamente, al menos no de la misma forma en que se explican, por ejemplo, los hechos físicos (sea como fuere que lo hacemos). Pero lo que sí puede hacerse (y la factibilidad no opaca, en este caso, su valor) es presentar más o menos explícitamente los criterios que funcionan de manera implícita en las evaluaciones que hacemos de los argumentos, tanto propios como ajenos.

Con varias secciones en cada uno de sus bien diferenciados tres capítulos, el primero de ellos discute la posibilidad (y alcances) de construir una lógica informal, a la vez que -por otra parte- presenta algunos conceptos tradicionalmente pertinentes al ámbito de la lógica formal, fundamentalmente en la medida en que resultan relevantes para el examen de ciertos tipos de argumentos que pueden resultar falaces. Al respecto, delineará y ejemplificará las nociones de "razonamiento", "deducción", "inducción", "validez", "corrección", "falacia", deteniéndose en algunos puntos críticos como, por ejemplo, la acotada relación entre los valores de verdad de los enunciados y la validez del razonamiento que conforman, lo erróneo de identificar a los razonamientos inductivos exclusivamente con aquellos que "van de lo particular a lo general" y las distintas consecuencias que, en función del tipo de razonamiento del que se trate, acarrea la adición de información a las premisas.

No dispuesto a enrolarse en ninguna posición extrema respecto a la existencia y autonomía de la lógica informal (ni en aquella que la sitúa como un "error categorial análogo al de hablar de la altura del número 17" -y que, por lo tanto, niega la existencia de cosa alguna que pueda responder a ese nombre-, ni a la que la desvincula absolutamente de la lógica formal), Juan Manuel Comesaña reivindica la existencia de una lógica informal, distinta -aunque no indiferente- a la lógica formal.

Después de presentar y criticar someramente tres enfoques actuales respecto de posibles abordajes de la lógica informal (en referencia a propuestas que van desde el análisis descontextualizado de los razonamientos hasta el enfoque fuertemente retórico, pasando por el abordaje dialógico), el autor adelanta que habrá de tomar elementos de los tres enfoques anteriormente mencionados, sin adoptar ninguno de ellos en particular.

Quizás lo más original de este primer capítulo radique en la redefinición del término "falacia" que su autor propone al cierre del capítulo, como "maniobra verbal destinada a conseguir que alguien acepte una afirmación u obedezca una orden por motivos que no son buenas razones", diseñada a fin de incluir ciertas estrategias que -como las propagandas o las que concluyen en órdenes- no son abarcadas por la tradicional definición de "razonamiento psicológicamente persua-

sivo pero lógicamente defectuoso”, sencillamente por la dificultad de reconocer a aquellas tácticas como razonamientos.

En el segundo capítulo -y a partir de la ejemplificación de las nociones de “motivo” y de “razón”- se analizan algunas de las falacias más conocidas para intentar explicar ciertos mecanismos por los cuales la gente se “instala” en las creencias, evidenciando permanentemente que el hecho de que ciertos razonamientos hayan sido tradicionalmente vinculados a falacias no impide que puedan ser legítimamente usados en una discusión racional: muchas veces el cambio de tema producido por el planteo de una de esas movidas puede ser la única manera de que un intercambio lingüístico continúe siendo razonable.

En algunos casos analizando el desplazamiento de la carga de la prueba, en otros explicitando algunos principios rectores, ocasionalmente cuestionando ciertas posturas de otros autores como Copi o Fogelin, haciendo frecuentes referencias a aspectos filosóficos que -aún sin profundizar- permiten advertir conexiones con la lógica informal, y casi siempre ilustrando con ejemplos claros -y hasta citando a personajes autóctonos como Alejandro Dolina-, el autor va desplegando un abanico de estrategias verbales que -tradicionalmente consideradas falacias- se muestran ahora en sus diversos matices.

La introducción al tercer, y más complejo, capítulo, plantea dos grandes preguntas que antecederán al examen de algunos ejemplos característicos de la argumentación filosófica: Razonan los filósofos?, Cómo lo hacen?

Respecto de la primera cuestión y regido por la idea de que es precisamente el permanente estado crítico de la filosofía el que favorece la proliferación de argumentaciones filosóficas, Juan Manuel Comesaña circunscribirá su estudio al ámbito de la filosofía analítica, entendiéndola como un estilo filosófico donde la capacidad argumentativa ocupa un lugar central y en el cual sus protagonistas desempeñan el papel de críticos de cualquier pretensión de saber.

Pero será la respuesta a la segunda pregunta la que acapare, con referencias permanentes a ejemplos filosóficos, el desarrollo de tercer capítulo: presentándola como herramienta privilegiada y después de explicitar las suposiciones que subyacen a la reducción al absurdo, analiza la apelación a la mala interpretación del “Yo no quise decir eso” y luego la que -trabajosa pero reveladoramente- denomina como “apelación a dudosas consecuencias de descubrimientos científicos que nadie termina de entender del todo”, caracterizada por expresiones del tipo “De se sigue claramente que”, y para ilustrar la cual narra la deliberada -y exitosa- farsa pergeñada por el físico Alan Sokal. Aunque la condensada presentación de ésta reduce a caricatura su poder de seducción, difícil es no evocar algún que otro émulo vernáculo.

Llegado el turno de los argumentos trascendentales, y a partir de la necesidad de diferenciarlo del *Modus Ponens*, discute la noción de “condición trascendental de posibilidad” analizando -y demostrando la incorrección- de la interpretación que de los argumentos trascendentales de la Estética kantiana propone Allison.

Para finalizar, Comesaña elige como ejemplo el de la Tierra Gemela de Putnam para tratar la problemática noción de “posibilidad” en el marco del análisis de los experimentos mentales, concluyendo que el caso analizado es “a lo sumo, una ilustración de una teoría (del significado) no clásica y no, como Putnam supone, un argumento en contra de las teorías tradicionales” y que problemas como los presentados en el experimento mental de la Tierra Gemela obedecen a un uso abusivo de la noción de “posibilidad”.

En suma, independientemente del valor específico que el tercer capítulo pueda deparar para aquellos interesados en la argumentación propiamente filosófica, el libro de Juan Manuel Comesaña es un vehículo recomendable para aproximarse a los núcleos centrales de la lógica informal, particularmente contemplando el accesible lenguaje en el que está presentado y su sistemática apelación a ejemplos sencillos, los que ayudan a confinar las dificultades a los aspectos teóricos del análisis.